

Prof

BIBLIOTECA DEL ESPIRITU
Nº 4

Dr. A. Krumm-Heller

(Dr. Méd. hon. C. de la Universidad Nac. Mexicana, Ex-Médico
Coronel del Estado Mayor Mexicano).

Del Incienso a la Osmoterapia

*Historia y aportes para un nuevo sistema curativo
por medio de las esencias odoríferas.*



EDITORIAL "CULTURA"
Casilla 4180
Santiago de Chile
1936

AUTORIZACION DEL AUTOR

Autorizo a mi representante en Chile esta primera versión al español de mi libro "DEL INCIENSO A LA OSMOTERAPIA".

Berlín, 1 de Diciembre de 1935.

Dr. Krumm-Heller.

(Hay un sello que dice:
"Dr. Krumm-Heller (Huiracocha)
Berlín—Heiligensee.
Alemania)".

"FAUSTO", de Goethe.

Wagner:

*¿No respiras conmigo aromas suaves?
Con qué delicia nos embriagan los sentidos!
Secretamente rondan por los aires...
Ríndome luego a sus encantos.*

PARA EMPEZAR ACOMPAÑADO DEL FISICO Y DEL BIOLOGO

"Fué para mí un gran placer e íntima alegría el leer, antes de que fuera impresa, esta última obra extraordinaria y reveladora, de un amigo de la infancia, el Coronel Dr. A. Krumm-Heller. Lo que la investigación exacta y la intuición imponen con fuerza imperiosa al radiologista, es la fundada sospecha de que toda acción curativa, ya sea de los medicamentos o de cualquiera otra fuente, es puramente irradiación; y que sólo puede ser irradiación nos lo demuestra aquí un hombre que ya asombró al mundo, en más de una ocasión y en forma convincente e impresionante, con doctrinas nuevas de un valor eterno. Y aún más: vemos, ya con argumentos fehacientes como por lo que se desprende de entre líneas, que la acción inicial de una dosis cada vez más sutil, de sustancias nobles, permite obtener una acción final infinitamente más drástica que el empleo de dosis excesivas de venenos comunmente usados en la clínica actual, los que, en suma y aún en los casos favorables, apenas si combaten los síntomas y nunca las dolencias.

"Mis relaciones con una parte de la facultad de medicina suiza, me han llevado al convencimiento de que el ajetado médico, científicamente formado, está cada vez mejor dispuesto a emplear métodos nuevos.

"Es de esperar, pues, que el presente libro pueda aunar en un solo haz a las diferentes clases de sus colegas clínicos.

"¡Dios lo quiera! Y así, ¡recorre el mundo, libro de imágenes maravillosas y risueñas para salvación de la humanidad doliente! Vaya al querido autor, un estrecho apretón de manos por sobre montes, ríos y valles, deseándole a su obra un feliz viaje. ¡Adelante por este sendero!"

Zurich, Primavera de 1934.

Alfred Judt
(Físico)

— o —

Después del físico hable el médico!!!!

"Quienquiera que conozca esta nueva obra del Dr. Krumm-Heller, no puede dejar de admirar la maestría con que guía las ideas que pone de relieve. Indudablemente que toda esa osmoterapia es para nosotros occidentales, toda una novedad absoluta y espera todavía, como lo dice el propio autor, nuevos esclarecimientos y experiencias futuras.

"Pero, a pesar de esto, están tan claramente trazados y fundados el camino y las ideas, que después de haberlo leído ya nadie podrá echarse tierra a los ojos.

"Trátase tal vez de llegar a las dolencias de los hombres por medio de una acción directa sobre el sistema nervioso central, hacer accesible aquella central de nuestro cuerpo para así poder decidir del bienestar o malestar, de la salud o de la enfermedad.

"No es necesario hacer alusión a la conquista, también citada en este libro, del médico español Asuero, que consiste en provocar por medio de una toción en la nariz, influencias centro-nerviosas y obtener así curaciones asombrosas e increíbles, curaciones que han sido más estudiadas en el resto del mundo que entre nosotros, gracias a la presunción de ciertos círculos médicos oficiales contra la ciencia y conocimientos ajenos.

"Sé, por haber visitado la América Latina, que el Dr. Krumm-Heller es un sabio, al parecer mío, de fama excepcional en la América Central y en la del Sur. Debemos felicitarlo, pues, por comunicar en esta obra, a sus contemporáneos, ideas nuevas, desconocidas hasta hoy, y cuyo alcance puede ser de incalculable trascendencia.

"El olfato humano ha sido injustamente desdeñado en medicina; tanto, que sólo se le considera hoy como mediador en la narcosis y no es la vista, ni siquiera el paladar, sino el olfato, el que estimula nuestro apetito, hecho diario que bastaría para acercarnos a las ideas del autor".

Berlín, Mayo de 1934.

Dr. Albert Wolff
(Médico-Biólogo).

INTRODUCCION

Así como para nuestros ojos humanos, todo en la naturaleza se forma lentamente, sale de la nada, brota, crece, florece, se abre; así también pasa con las impresiones y los trabajos espirituales. Vivimos y en nosotros viven también pensamientos, deseos y esperanzas. Tras largos años de meditación, recolección, búsquedas y luchas, resuelvo confiar en este libro mis doctrinas retenidas y afirmadas, y aún más, las observaciones y hechos que han de servir para abonarlas.

Ignoro si otros han emprendido ya tentativas semejantes, ya sean accidentales o sistemáticas, para esclarecer o comprobar experimentalmente los fenómenos de este extraño ramo. No hay duda que en la literatura parapsicológica hay pequeños folletos sobre la acción de las esencias; son, sin embargo, tan nullos, tan insignificantes, que ni merecen mención.

Más de alguna persona habrá que tome este libro, lo hojee y lo deje luego a un lado por poco interesante. No censuro a nadie; hay una sola causa y ésta hay que atribuirla a este tiempo que corremos, tan materialista y superficial, que hace catorce años se inicia en Alemania.

Seguramente chocará este libro con la dura testa de ciertos criterios cerrados y tardíos y entonces sonará hueco; pero ello no provendrá precisamente del libro.

Sólo el futuro podrá decir si realmente va a ser posible llegar a algo concreto sobre el resultado de las observaciones que se han reunido hasta hoy y que una vez aumentadas con nuevas investigaciones, se consiga un nuevo método de curación. Suposiciones análogas me inducen a creer que esto es de lo más probable y toda previsión de éxito de lo más razonable. Sería prematuro sentar desde hoy cualquier rumbo para un método eventual.

Lo único que me es lícito, que puedo y debo, es pedir que se me ayude a buscar y comprobar un nuevo camino para curar y fortificar a la humanidad.

Deseo también poder examinar en esta introducción un asunto bien poco develado cual es la representación exterior de mi idea y có-

mo he encuadrado el nuevo método en la nomenclatura que vamos a considerar.

Mi primera intención de encarnar la idea que encierra la palabra EUODIA, (buen olfato), hube de rechazarla después de un detenido examen. El buen olfato es una idea que se refiere a la percepción que tienen los individuos, respecto a los olores puestos en contacto con ellos y condicionada por éstos o aquellos. Tomándolo bajo este aspecto y, muy superficialmente, cabría citar aquel proverbio que dice: "Sobre gustos no hay nada escrito". Proverbio que aquí no reza, pues no queremos seguir nuestro olfato exterior, sino alcanzar una íntima excitación de las glándulas y por medio de ella, una curación. Para ese tratamiento el paciente debería, como en cualquier otro tratamiento, ser obligado a emplear medicamentos por medios desagradables, pero no es eso lo que persigue nuestro sistema, sino emplearlos en forma de perfumes.

Preferí, pues, hasta que los juicios profesionales hayan dado su dictamen, emplear el término OSMOTERAPIA para indicar el proceso medicinal basado en el empleo de perfumes. La palabra griega OSMF, ampliamente aplicable a todo olor, sin perjuicio de la sensación, que asume propiedad específica según la persona, me parece la más aceptable.

Apenas terminé mi manuscrito, lo mandé a un físico, profundo conocedor del Oriente y a un célebre médico de la América Latina, reconocido como una eminencia clínica. De ambos solicité el veredicto. Toda novedad provoca oposición.

Quiera Dios que llegue este libro a manos del investigador imparcial de la ciencia, desprendido de toda sabiduría oficial dogmática, seca, pero capaz de apreciar el valor del sentimiento y del pensar progresista.

No olvide el lector, además, que a mi disposición se hallan los viejos archivos de México y todos los documentos sobre la ciencia de las correlaciones de los primitivos hechos históricos.

Las sinagogas judías de España poseían valiosas bibliotecas que pasaron a los claustros después de la expulsión de los judíos de España. Abí me fueron facilitadas notables obras literarias sobre México y el Perú, de donde extraje un precioso material.

Construyamos, pues, los puentes para el dominio médico, aún cuando a veces tengamos irremediablemente que volver a la religión.

CAPITULO PRIMERO

El incienso en el culto del antiguo testamento.

Es de todos sabido que en el culto del antiguo testamento se empleaban mucho, ya fuera en el Tabernáculo o en el templo de Jerusalén, las sustancias aromáticas. En Palestina deben haber sido escasas tales esencias odoríferas; sin embargo, hasta ahora vemos graciosas y lozanas flores en la gran plaza frente al Templo de Salomón, y sólo el Líbano producía incienso que en la lengua hebrea se denomina "l'honah", palabra en cuyos sonidos hasta los más legos perciben cierta relación con el nombre de la montaña.

Otra denominación hebrea para la palabra "perfume", en el sentido de "sustancia olorosa" es, en general SAM.

Las mayores y cualitativamente más valiosas cantidades de incienso así como otras

sustancias aromáticas destinadas al culto, eran adquiridas en el extranjero. Oímos así hablar del incienso del país de Saba en que los intérpretes de la Biblia ven hoy una faja de la Arabia sudeste, en tanto que los teólogos de antaño indicaban con ella a los etíopes o a los indios.

Entre otras especias que se han citado relacionadas con el referido incienso y allegadas a él por cuanto se presta como perfume, hay que mencionar las flores de Chipre, entre ellas el nardo, la mirra, el azafrán, el ámbar, el cálcamo, el acíbar, el polvo de especias y además, ciertos preparados que ya estaban listos y que Lutero en su traducción de la Biblia llamaba sucinta, pero erróneamente, unguentos y que hoy, por falta de indicios ciertos, como muchas de las otras sustancias llamadas puras, no pueden identificar los especialistas.

Frecuentemente encontramos también la palabra "besem" que en plural es "b'somim" cuya acepción general sirve para designar la balsamera y los productos aromáticos que de ella se escurren.

Cuando con la pérdida de la independencia política terminó el bien organizado culto del pueblo judío, cesó también el estímulo para seguir con el uso de sustancias aromáticas en

el servicio divino, limitándose desde entonces a hacer oraciones en vez de hacer ofrendas.

Cabe decir, todavía, que aún hoy día algunos devocionarios hebreos tienen por título la vieja expresión "ofrenda". Apenas si en sí todavía queda un solo empleo de las esencias en el culto, el que sin embargo se hace oculta-mente hoy día y es en la llamada "Habdalah" que quiere decir "separación". Ese uso, según la tradición de los rabinos, debe remontar a cerca de medio siglo después de la consagra-ción del segundo templo (516 años antes de Jesucristo), bajo Esra. Recuerda el arte es-pagírico de los Rosa-Cruces medioevales, aun-que su significado es distinto, principalmente en la fiesta de la separación, o sea del comien-zo de la nueva semana, al final de la noche del Sábado (Sabat).

El utensilio más usado es un vaso ajustado, metálico, cilíndrico o prismático, sostenido por un soporte como pie de copa y, las más de las veces, con una torrecita aguda o una bande-rita metálica en la tapa. El latón de ese uten-silio contiene los metales de Venus y de Júpi-ter, por partes iguales; y el cabalista Therion piensa, que ese latón envasado debe ser ilimi-tado respecto a su extensión, pues no se re-fiere a una sola cosa sino que es universal y simbolizaba el amor divino. En el vaso hay

varios gramos de aromas frescos, también designados con el nombre de "b'somin que, como ya dijimos, se denominaba el vaso del bálsamo y de los productos que de él se derivaban. También ese pequeño utensilio solía llamarse "vaso b'somin".

Cumpliendo con el prudente empleo que, según indiqué, se debe observar al salir del día Sábado, no sólo las sinagogas de observancia estricta sino especialmente en las familias, el que hace la ofrenda, por ejemplo, el padre de familia, llevar el vaso en la mano y sobre su fragante contenido, pronuncia la siguiente bendición:

"Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que creaste todas las especies de aromas".

Entonces, abre la tapa o torrecilla del vaso y aspira el vapor de los granos de especias.

Este es el único resto del culto de las esencias aromáticas en el judaísmo de hoy día. Según la explicación de los judíos ortodoxos, ese rito proviene de una bendición hecha sobre una copa de vino en el que se apagaba una vela encendida. Era un acto de gracias a los dioses del fuego, poderoso auxiliar del hombre en todas las formas y creaciones, al comienzo del trabajo semanal, en que el espíritu sabatino, metafóricamente representado

varios gramos de aromas frescos, también designados con el nombre de "b'somim que, como ya dijimos, se denominaba el vaso del bálsamo y de los productos que de él se derivaban. También ese pequeño utensilio solía llamarse "vaso b'somim".

Cumpliendo con el prudente empleo que, según indiqué, se debe observar al salir del día Sábado, no sólo las sinagogas de observancia estricta sino especialmente en las familias, el que hace la ofrenda, por ejemplo, el padre de familia, lleva el vaso en la mano y sobre su fragante contenido, pronuncia la siguiente bendición:

"Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que creaste todas las especies de aromas".

Entonces, abre la tapa o torrecilla del vaso y aspira el vapor de los granos de especias.

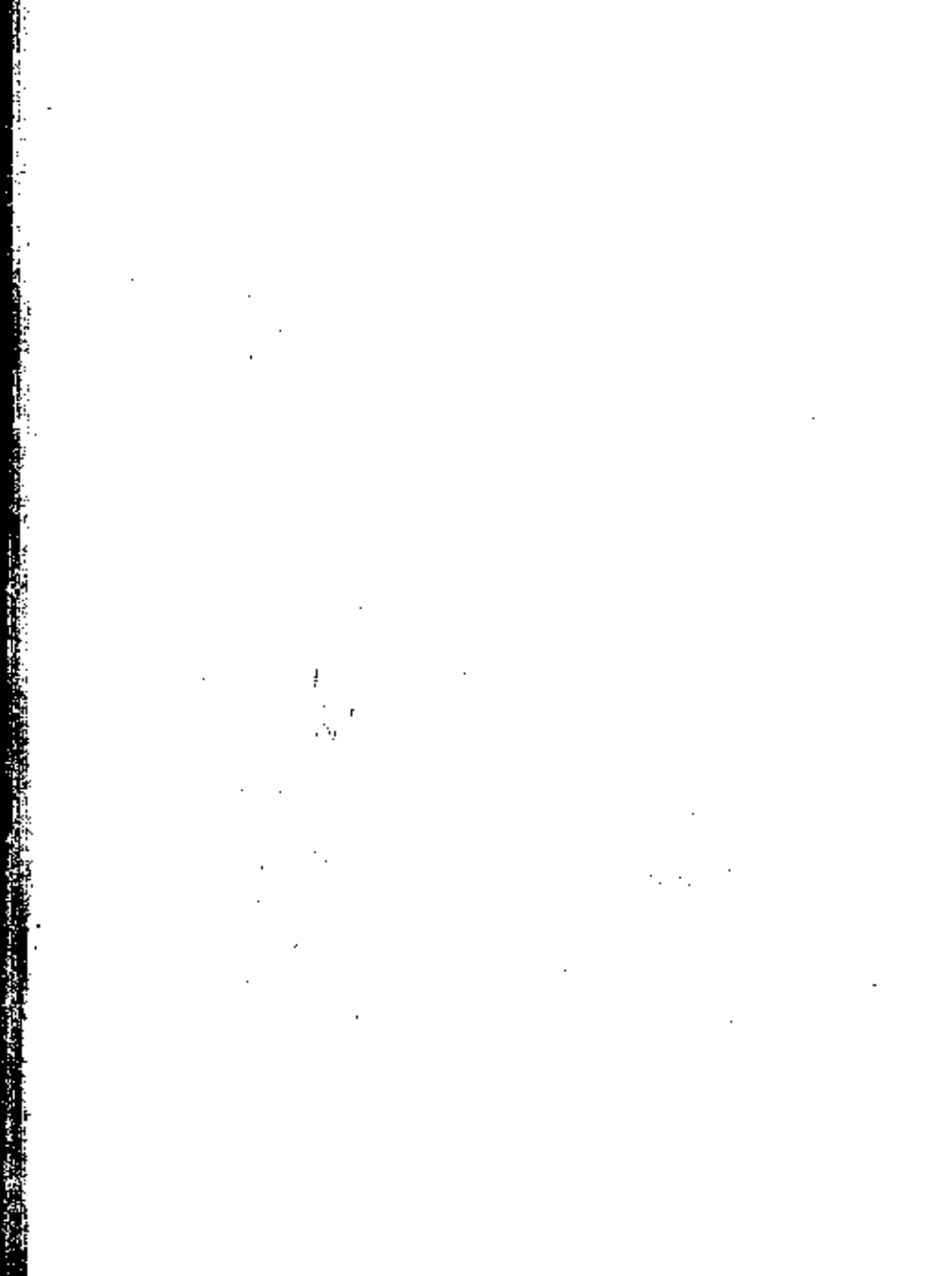
Este es el único resto del culto de las esencias aromáticas en el judaísmo de hoy día. Según la explicación de los judíos ortodoxos, ese rito proviene de una bendición hecha sobre una copa de vino en el que se apagaba una vela encendida. Era un acto de gracias a los dioses del fuego, poderoso auxiliar del hombre en todas las formas y creaciones, al comienzo del trabajo semanal, en que el espíritu sabatino, metafóricamente representado

pór las especias, sería transportado a los días hábiles.

No erraremos talvez ante esa interpretación, creyendo que ese vapor de las especias, trasladado a la esfera religiosa, puede asegurar, a su vez, la vuelta del espíritu sabatino en el curso de la nueva semana.

Los judíos jamás tuvieron misterios o usos culturales propios. Su aptitud y aplicación espiritual descansaban en lo material, en el negocio. El estímulo que los judíos dieron al empleo de las esencias y defumatorios en el culto no era otra cosa que el deseo de activar el comercio para sacar de esas cosas algún provecho lucrativo. Indagaciones hechas en la literatura judaica, proporcionan amplios informes sobre cosas secretas, sobre todo el conocimiento de escritos antiguos de los judíos españoles, anteriores a la expulsión (1492, después de Jesucristo), y que constituyen un interesantísimo material de investigación.

Supe en Rodas y Palestina que hay familias judías que para ciertos exorcismos usan hasta hoy día olores relacionados con las leyes astrológicas.



CAPITULO SEGUNDO

Incienso, perfumes y unguentos en la iglesia ortodoxa

No hay duda que muchas de las costumbres judías pasaron a la iglesia ortodoxa aún cuando ésta, en su mayor parte, tenía las suyas propias.

En la consagración de una iglesia o de una casa comercial, ceremonia que en la confesión ortodoxa es reservada exclusivamente al obispo, la parte superior del nuevo altar consta de una simple mesa cuadrada de madera que ha sido previamente lavada con "nitro" jabón fragante, y con agua caliente; después el propio obispo la restrega fuertemente con una esponja embebida en agua de rosas (el obispo se ha revestido para ello con una túnica de lino sobre su hábito), asistido por los prelados asistentes. Además, la mesa ha de

ser hecha, en lo posible, de madera olorosa, las más de las veces, de ciprés. También se usa en las iglesias ortodoxas el ciprés para hacer con esa madera los cuadros sagrados que han de adornarla.

También se emplea en la consagración de un nuevo altar otra sustancia aromática que consta de diversas esencias juntas. Se llama ésta "mastic de cera" y se compone de una mezcla de cera virgen, blanca, con almáciga, que se saca haciendo una incisión a la corteza del árbol sagrado (de almáciga), y que Lutero tradujo por "Würze aus Salbe", que quiere decir "esencias de unguento", y que consta de incienso de Esmirna, áloe, tomillo, resina de pino e incienso blanco.

Una vez fluida esta mezcla, cuya proporción cuantitativa está bien determinada en los libros litúrgicos respectivos, se hace una masa verdosa, movediza y en ella se refriegan, sobre la mesa del altar, pequeños fragmentos de reliquias y se echan en un vaso en forma de cáliz. Con eso termina la consagración. Después, se recubre la mesa del altar con su paño habitual. Pero no todas las iglesias poseen tales reliquias sobre el altar. Todavía, sobre este hay siempre una carpeta doblada, de seda amarilla o roja, en la que está representada la escena de la sepultación de Cristo y en cu-

ya parte superior y por detrás, en forma de bolsillo, hay fragmentos de reliquias fijados por la mano del obispo con la misma masa de almáciga.

En las iglesias griegas, esas toallas de seda se llaman "antiminsia" y corresponden al "corporal" de la iglesia romana.

Sin esa "antiminsia", cuyo uso remonta a los primeros siglos de la era de Cristo, no se realiza ninguna cena o fiesta eucarística; sobre ese paño desdoblado quedan la patena y el cáliz.

Dada la prolija fabricación de la "almáciga", el obispo consagra a la vez una cantidad de esas "antiminsias".

Otra de las substancias fluídas que pertenece a las más exquisitas esencias que son harto numerosas y de que hacen uso en sus cultos no solamente la iglesia ortodoxa, sino numerosas iglesias orientales, es el santo "myron". En el diccionario, tal palabra figura vertida por "óleo consagrado" u "óleo unguidor". Etimológicamente no siempre cuadra así, pues la palabra griega "myron" proviene del hebreo, donde con la partícula "mor" (análoga de "mar", amargo), indica la mirra hecha ya una resina de color castaño oscuro, sacada del "*Balsamodendron mirra*" (Linné), originaria de Arabia Feliz. También aquí el nombre fué

sacado de un componente único aún cuando no el principal, y se extendió después a los demás. En realidad, en la composición del santo "myrón" entran varias esencias fluidas o sólidas que en la iglesia rusa, según pudimos estudiarlo personalmente a fondo, son veinticuatro; en tanto que, según referencias de libros literarios, la iglesia griega de Constantinopla utiliza para ello cuarenta substancias. Cada una de esas plantas está impregnada de una fuerza curativa excepcional, y es muy posible llegar a la realización de curaciones extraordinarias aspirándolas como perfumes.

Otros tantos ingredientes contienen los santos óleos de la iglesia gregorio-arménica. Todavía no se les ve en el lecho de los enfermos; sólo se les impone a los sacerdotes fallecidos. No nos interesa enumerar aquí uno a uno esos ingredientes. Quien se interesare por conocerlos no tiene más que buscarlos en el libro *Rito mortuario y antiguos oficios divinos de la iglesia griega-católica ortodoxa de Oriente*, por el presbítero, maestro de teología, A. von Maltzev (Berlín, 1898), que durante muchos años fué sacerdote oficial de la antigua iglesia de la embajada imperial rusa. En la segunda parte de esa obra, de las págs. 89 a la 114, se describe el rito de la preparación del "myron" en amalgamación y se mencionan,

separadamente, los ingredientes. Basta con recordar aquí que la ceremonia sagrada comienza anualmente el Lunes de la Semana Santa y que las sustancias aromáticas, entre las que tienen un papel importante el vino y el aceite de rosas, se cuecen ininterrumpidamente hasta el Jueves Santo. Durante ese tiempo se leen ciertos fragmentos de la sagrada escritura, preces alusivas, y se profieren ciertas fórmulas sagradas. El fuego que se coloca bajo la cacerola es encendido por el obispo de más alta jerarquía; en la iglesia rusa de la era zarista, lo era también por un metropolitano; en la iglesia rusa de hoy día y en las iglesias independientes de la cristiandad ortodoxa, también por un Patriarca. Cuando éstas no reciben el "myron" directamente de Constantinopla, el mantenimiento de este fuego corresponde después a otros obispos, religiosos de alta graduación y hasta a seculares.

Para preparar el santo "myron" había en el histórico Kremlin (hoy día sin duda ya no existe), una sala especial, de regular tamaño, la llamada "Myrowarennaja Palata" (cocina del Myron). Veíase allí en un gran fogón, revestido de loza, ricamente adornado, tres gigantescas cacerolas de plata de casi 1,50 m. de alto y de un diámetro correspondiente en las

que se echaban, durante todo el tiempo de la fabricación, las esencias perfumantes.

Una vez terminado esto, se sacaba el santo "myron" que quedaba del año anterior y con él se llenaban doce jarrones de alabastro de color rosa natural, todavía originarios de la antigua Bizancio.

Entonces, viejos y venerables sacerdotes transportaban los jarrones a la iglesia de los "Doce Apóstoles", también en el Kremlin. Allí se le depositaba al pie de la mesa-altar. Esa iglesia no servía para ningún otro oficio divino. De ahí, según las necesidades, el santo "myron" era entregado a los obispos diocesanos, los que, a su vez, lo repartían a los sacerdotes de las parroquias para ser utilizado por el sacerdote, que al mismo tiempo, hacía de médico, usándolo como agente curativo.

Ese "myron" sagrado se usaba también en la coronación de los monarcas como un unguento, la que, según parece, pocas veces aconteció. Sabíase, sin embargo, que el Zar estaba pronto para curar con él a los enfermos imponiéndoles las manos; también se sabe que el rey inglés era ungido con él.

Es igualmente muy importante el rito eclesiástico de la santa unción-"myron", que se realiza inmediatamente después del bautismo y que, hasta cierto punto, corresponde a la

Del Incienso a la Osmoterapia

confirmación occidental. En eso también se veía, por qué en la iglesia ortodoxa, las criaturas pequeñas eran llevadas por sus madres a recibir la comunión.

Además, límitase el uso del "myron" a aquel sacramento que podríamos llamar la "extrema-unción" católica romana, (en alemán, "letzte Ölung"), pero según el concepto de los ortodoxos tiene otra significación. La iglesia armenia solo aplica la extrema-unción a los sacerdotes, y esto, cuando ya están muertos. Cabe anotar, además, que la lucha por la prerrogativa de la fabricación del santo "myron" en las iglesias orientales, fué muchas veces causa de amargos disturbios, cuyas consecuencias aún hoy día se dejan sentir.

Mientras que en las ceremonias del culto que hemos mencionado como también en los sacramentos, las sustancias aromáticas deben considerarse como accidentales, atribuyéndoseles significación simbólica de portadores de la gracia espiritual, para nuestros fines, es interesante poder referir una consagración dentro la Iglesia ortodoxa, en la cual, de la plegaria que la acompaña, se deduce claramente que a las hierbas aromáticas no sólo se les atribuye fuerza curativa o protectora cuando se las traslada al dominio religioso, sino también que, su fluido fragante, se conoce di-

ectamente como remedio, en el sentido médico, para los males físicos y como profiláctico para los animales de las casas y quintas, contra cualquier machucadura o lesión. Para terminar esta disertación sobre el uso de los ungüentos aromáticos en la vida del culto de la iglesia ortodoxa, transcribiré este breve texto.

Sólo reproduciremos aquí el tenor de esa oración no recortada en la traducción alemana y copiada de la redacción fidedigna griega de una edición de la iglesia eslava (paleobulgárica) hecha por "Trebnik", (Moscú, 1902, 2.^a parte). Advertiremos que de la misma oración existe ya otra versión alemana bajo el título de "Oración para la bendición de hierbas aromáticas" en la publicación ya citada, del libro del presbítero y maestro de teología A. von Maltzew, pág. 791. Esa obra es hoy una curiosidad bibliográfica, muy difícil de obtener.

Oración para consagrar cualquier planta odorífica.

"Señor, Dios omnipotente, que todo lo llenaste con tu verbo y a la tierra ordenaste que produjera todos los frutos a su tiempo y diste la alegría y la vida a los hombres!! Tu

mismo, buenísimo soberano, bendice y consagra con tu Santo Espíritu, estas semillas junto con las varias hierbas traídas a este templo sagrado, y a estos tus vasallos que reciben estas hierbas y semillas; límpialos de toda mancha, y llénales las casas con todos los perfumes, para que ellas y ellos y todos los que en ellas creen se sahúmen, se preserven y libren de todas las celadas enemigas y los defiendan de todas las tentaciones que tengan, de día y de noche; de las actividades del demonio, para bendición de tu pueblo fiel, en el alma y en el cuerpo, así como a su ganado y a todos cuantos pertenecen a sus casas y moradas. Para que todos los que usaren estas hierbas reciban protección en el alma y en el cuerpo y para que tu misterio de la gracia (misterio sacramental), sea el sagrado remedio de nuestra redención; para que en cualquier lugar donde sea depositado o usado para atraer bendiciones, tu diestra después de haber dispersado las fuerzas enemigas, lo cubra todo con la soberanía de tu único, majestuoso y venerado Nombre, donde reside toda la soberanía, honra y adoración, con el Padre, y el Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos ¡¡Amen!!

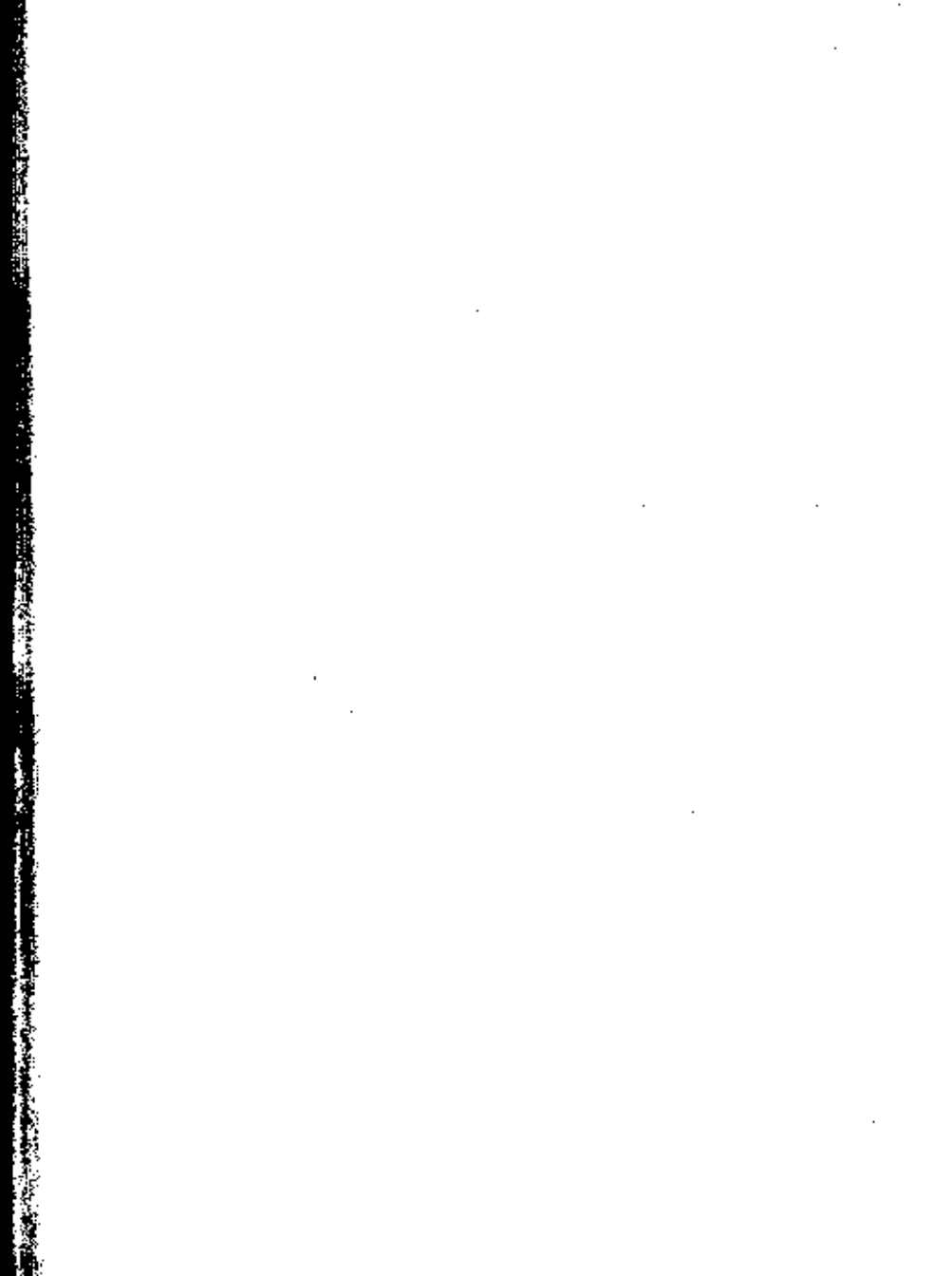
Entonces se rocian, en forma de cruz y por tres veces las hierbas con agua bendita.

Por último, citemos aquí para completar nuestras informaciones del empleo de los aromas en el culto de la iglesia ortodoxa oriental, el ejemplo de una, hoy, insignificante hermandad de civilización egipcia, cuyo curioso uso encontramos entre los coptos.

Allí predomina en muchas, si no en todas las esferas populares, la creencia de que se puede obtener el perdón de los pecados quemando incienso y confesando los pecados ante los vapores aromáticos que exhalan, aún cuando no sea necesaria la presencia de un sacerdote, a quien solo corresponde el poder de absolución. Bajo este concepto, se atribuyen también a los perfumes fuerzas purificadoras en sentido religioso. Nos encontramos así, en este caso, frente a una concepción que se asemeja a ciertos principios mágicos del chamanismo o de las cosmologías relacionadas con él.

El Dr. Steiner, fundador del movimiento antroposófico, introdujo la ceremonia del culto que en la comunidad cristiana conocemos por "consagración de los hombres". El Director de esa comunidad, es el Dr. Rittelmeyer, teólogo universalmente conocido por sus notables obras. A esta hermandad pertenecen hombres célebres como el profesor Herm. Beckh, el Licenciado Emilio Boek, el Dr. Johannes Hemleben, etc, etc.

En esa congregación de personas, salidas de círculos apegados principalmente a la Iglesia protestante, se quema también incienso. El Dr. Steiner pensaba que la defumación cabe tanto en los actos del culto como en cualquiera curación. A mí mismo me afirmó él, que el empleo de los perfumes y los sahumerios tenía en las curaciones un campo antiquísimo de aplicaciones como un futuro espléndido.



CAPITULO TERCERO

PERFUMES Y ESENCIAS EN EL CULTO DEL BUDISMO

Otro campo, más vasto aún, que pensamos recorrer ahora, siguiendo las fragantes huellas de las sustancias aromáticas, es el del budismo. Los judíos tomaron muchas cosas del budismo. Este estuvo de moda en los últimos siglos y muchos han escrito sobre su doctrina sin conocerla a ciencia cierta. Nosotros no tenemos en vista la vitalidad de esa doctrina ni su utilización práctica tal como la predicó Gautama Buda y hoy se difunde en nuestras comunidades budistas.

Sería imposible describir aquí el uso de todos los aromas. Cabe observar todavía que el propio Buda repudiaba cualquiera veneración en el culto, pues su doctrina tiene por fin una cosa, contar con la existencia de divinidades, y en estas mismas se da un pa-

pel secundario, con relación al fin aspirativo de todos los seres. El budismo primitivo no es religión, como nosotros la entendemos. Era ateo, y para sus adeptos, aún hoy día, no hay oportunidad de ofrecer a ninguna divinidad honores de culto. Se fué infiltrando la era de la pureza primitiva. El desarrollo del budismo es poderoso, especialmente en las escuelas del norte, entre los chinos, tibetanos y mongoles y también en el lamaísmo. Por cierta ironía del destino histórico, de esa doctrina atea o filosófica puede formarse una religión en el sentido exacto de esa palabra.

En un principio el cielo de Buda era el desierto de los dioses o del dios; pero fuere poco a poco llenando, de tal modo que hoy puede considerarse como un panteón de primer orden. En número, el cielo budista no puede ser superado por ningún cielo, de cualquier religión. Se encuentran allí, junto a los dioses propiamente dichos: los budas imaginarios, los santos, los ángeles, las hadas, los demonios, los genios protectores y particulares y los poderosos encantadores del sistema tántrico. Solamente el Olimpo mexicano, que tan solo de "pulques", esto es, "bebedores", tiene 400 dioses, puede competir con él. El germen productor de ese panteón budista, es como él, propiamente un culto budista; lo creó la figu-

ra de Gautama Buda y aquí entran en escena los perfumes y perfumadores.

Ya el uso de sustancias aromáticas, bajo la forma de incienso, ante la estatua de Buda, extraña mucho, pues él mismo exigía de sus adeptos que renunciaran a la práctica de las perfumaciones. En el catecismo budista de Olcott, edición de Carlos Seidenstücker, Leipzig, 1908, pág. 80, entre los deberes de ellos, recogidos por un lego, leemos lo siguiente: "Observo el mandamiento de abstenerme de joyas, perfumes, especería y todos los adornos".

Más adelante, en la página 7 del mismo libro, podemos verificar que la ofrenda de flores, incienso y velas aromáticas ante la imagen de Buda pasa por algo muy digno de alabarse en la conducta de un creyente budista. Yo, que vivo muy lejos, en los afueras de Berlín, ando a veces por la floresta y luego de encaminarme al templo budista de Frohnau, puedo cerciorarme de que siempre hay flores muy fragantes ante la estatua de Buda, y en invierno, ramas olorosas de pino. Arriba, en dos terrazas, hay una gran cacerola de bronce: proviene de un pueblo japonés y solo sirve para vaporizar perfumes.

Históricamente considerado, este uso de los sahumerios debe remontarse al hecho anti-

guo de honrar a los Maharajaes, en las Indias, cuando al entrar en una casa se les recibía quemando esencias y depositando flores olorosas en su sillón, encendiendo pebetes, como una expresión de la honra que se le tributaba al soberano universal. Eso debe haber pasado después al soberano de la religión, "Dharmarajá", como parece que fué denominado después Buda, hasta terminar en un culto general. Se explica también así que, a veces, encontremos en las figuraciones que se hacen del panteón budista, especialmente en pinturas en el Tibet y en Mongolia, como también en las llamadas iglesias lamaístas, incensarios que arden ante el protagonista. En lugar de ellos aparece en el templo, junto a las estatuas metálicas o hechas de madera o arcilla, las más de las veces doradas, un incensario real. El conocido investigador del Asia, Dr. Wilhelm Filchner, en su obra reciente, variosa y sobre todo instructiva "Kumbun Dschamba Ling" describe el convento de las cien mil imágenes de Maitreia, (F.A. Brockhaus, Leipzig), en el cual el autor, habiendo penetrado en el Tibet Oriental, cuando en su último viaje (1926-28), pinta la vida y actividades de uno de los monasterios del lamaísmo, y nos relata una serie entera de incensarios de los templos particulares de dicho claustro.

Por las pinturas que trae el libro, preciosas reproducciones fotográficas y dibujos detallados, podemos darnos cuenta que el arte lamaico se preocupó, con especial cariño, de esos incensarios. Casi siempre son hechos de metales caros, claveteados de piedras preciosas y tienen a veces dimensiones considerables. Lo mismo se observa en las inseparables lámparas benditas, para las que apenas sirve de combustible la mantequilla ordinaria, sin sal, del lugar, o sino, muchas veces, el aceite aromático. También se hallan a veces, junto a los altares y en soportes especiales, pebetes impregnados de varios aromas. Esos incensarios y pebetes arden perpetuamente en el santuario y no deben extinguirse nunca, de modo que hay que alimentarlos continuamente. Las mismas cenizas de los pebeteros se juntan minuciosamente y se agregan a ciertos preparados medicinales. Esta costumbre no sólo se observa en los templos lamaicos del Tibet y de Mongolia, sino también entre todos los budistas y más todavía entre los taoístas de la China, y es muy posible que el lamaísmo haya sacado de ahí el uso de los ceniceros, para los restos de las velas perfumadas. Por otra parte, según informaciones del especialista ruso de la zona lamaica, profesor Pozdonejev, desgraciadamente ya fallecido hace más de una

década, el empleo de pebetes de proveniencia china en los conventos lamaicos y templos de jurisdicción china, fué prohibido por el alto sacerdocio, por miedo de que las mutuas relaciones entre lamas y chinos resultara una desfiguración de las prescripciones.

En cuanto a las velas perfumadas que arden en los templos lamaicos y que tambien se usan en las procesiones, tienen reglas especialísimas. Tales velas o pebetes se llaman en el lenguaje del culto del lamaismo, "dug-boi" o "dugbo" (escrito *bdug spos*). Ambas sílabas, traducidas literalmente, significan exactamente lo mismo, es decir, perfumador. Otros ejemplos en idioma tibetano nos autorizan para interpretar la sílaba "dug" ("bdug") como abreviación de la palabra "dugsching" (escrita "bdug sching"), con que se designa una variedad de enebro a la que los botánicos, por indicación del diccionario tibetano del hindú Sarat Chandra Das, en la página 666, llaman "Juniperos excelsus". Ese arbusto, según las ideas indo-tibetanas, debe, según su esencia, y por excelencia, servir para el que lo suministra, de perfume para fines del culto. Se comprende mejor ésto, si observamos que los hindús designan ese arbusto en el sanscrito sagrado, por "devadara". Entre los mongoles que pasan por conocer el lamaismo, los pebe-

tes se llaman "küdschi". Esas finas velas humeantes consisten de una masa dura, resinosa, proveniente de una especie de junípero, cuyo porte según los investigadores autorizados, Przewalski, por ejemplo, alcanza a veces la notable altura de tres metros. Las velas usadas en el culto lamaico son más chicas que las de la China. Además, en las iglesias lamaicas, no debe sentirse ningún almizcle, pues como ni las cobras ni los lagartos soportan su olor, podrían ahuyentarse de los templos. Para impedir que también se extingan los seres menores en los templos debido a las velas humeantes, los monjes, las protegen, durante la estación ardiente debajo de una linterna, como lo refiere en su libro el ya citado Doctor Filchner.

Como los mandamientos budistas mandan no perjudicar ningún ser viviente, el lamaismo también aplicó esa regla y a eso se debe, en suma, el que se prohíba prender las velas chinas; pues en su fabricación entra el sebo, que también es producto animal, recubierto de una capa de cera. Por lo tanto, esas velas dan humo feo que deposita un sedimento y obscurecen las imágenes del altar.

Además de las velas humeantes y de los vasos mencionados, en el lamaismo se conocen los incensarios tal como los que usan los

católicos, aunque un poco diferentes en su forma y acabado, como en su mayor peso y tosco trabajo de mano. Pero, en el lejano Tíbet, se conocen elegantes tipos de vasos para el servicio del culto. Al respecto, Austin Waddell, miembro de la conocida expedición inglesa a la capital de ese país, nos informa en su libro "Lasha and its mysteries", que Dalai Lama mandó fabricar a un joyero de París incensarios de oro. También se encuentran ahí algunos de Pforzheim, cuya marca está inequívoca a primera vista.

La diferencia en el uso de los incensarios está en que el monge oficiante no lo hace oscilar suspendido en cadenitas, sino que se sirve de un corto cabo. En el culto lamaico se queman diferentes resinas denominadas con el término general tibetano "dug ba" (bdug pa, más arriba bdug spos), o también "ssang" (escrito bsang). Es interesante anotar que los mongoles que importaron para su idioma la expresión tibetana, asimilan todavía la del mongol puro "iden" (escrito idegen), a la nutrición, (entiéndase alimentos). De modo que el incienso en ignición o el perfume del vapor que se desprende y sube, equivale de alimento, de manjar, a la divinidad. La expresión total, medio tibetana, medio mongólica, es "ssang-uniden". En los claustros que no se

pueden dar el lujo de emplear incienso legítimo en forma de resina, hallamos, tal como entre los israelitas, hierbas odoríferas que, reunidas según reglas astrológicas, se queman después de secas y pulverizadas.

Los incensarios suspendidos por cadenas se llaman, entre los tibetanos, "boi-por" o "bo-por" (escrito spon por), lo que, descompuesto, significa, "vaso de incienso". Los mongoles emplean la misma palabra. La expresión "hacer subir incienso a los dioses" se traduce, en tibetano, por "lha-la po-dschi dug-ba", y en mongol: "tenggri-dür anggilachu". Séanos permitido referir ahora un interesante giro muy opuesto, según Sarat Chandra Das, de la literatura tibetana; *ssabhg ssel* (escrito "bsangs bael"). Conforme refiere ese escritor indio, ello significa: incienso que borra la mancha (en este caso, el pecado, la culpa). Comparemos esta misma idea con la acción del incienso, que tuvimos oportunidad de conocer por idéntica costumbre de los cristianos coptos, según la cual el creyente confiesa sus pecados ante el incienso y espera, de este modo, obtener el perdón de ellos. Según el obispo Leadbeater, eso sucede porque nuestros pecados y faltas repercuten en el cuerpo astral y son eliminados por los perfumes, que tienen acción astral. A esto hay que añadir que

en el lamaismo se conoce todavía un acto religioso especial, y que se refiere a las velas que dan mal olor cuando se queman. Es un rito, según el cual, por el poder mágico de un Lama, dotado de capacidades especiales y conocimientos tántricos, todos los pecados de la respectiva comunidad se condensan en un títere de pasta, con cara de hombre, o en un pastel oblativo (en tibetano, "gtor ma").

Las exhalaciones de sustancias vegetales malolientes, al arder, suben y envuelven, según este ritual, la figura de pasta. Su destrucción se hace siempre fuera de las murallas del claustro, y los monjes, que hasta allí conducen a la víctima, se cubren con una fina red la boca, para no ser damnificados por la imponderable exhalación de la funesta figura. Si la víctima tiene figura humana, es despedazada al llegar al lugar de su destino, lanzados a la estepa sus pedazos y, las más de las veces, quemados en una hoguera.

La gran significación que los budistas atribuyen a la fabricación de los perfumes para los dioses puede deducirse del hecho de que "Nagarjuna" uno de los más notables filósofos del budismo "Mahayana" haya compuesto en sánscrito una obra sobre la preparación de velas perfumadas, trabajo del que subsiste hasta hoy una traducción tibetana. El título ale-

mán sería, más o menos: "**Perlenschnur des Kleinods der Weihrauchbereitung**", (en español: Collar de perlas de la joya de la preparación del incienso). A ningún médico, sacerdote, de cualquiera región del país, le es dado ignorar ese libro.

Merece especial atención, el hecho de que el lamaismo tenga figuras santas, modeladas en barro, al que le agregan gran cantidad de hierbas aromáticas. Sí, hay algunas de esas figuritas hechas exclusivamente de materias aromáticas comprimidas y que solo sirven para fines del culto o para fines curativos. De entre esa colección debemos destacar las estatuas de Buda, conocidas con el nombre tibetano de "**dscho**" (escrito "**jo**", por abreviación de "**jo bo**"), esto es, del señor o "**maestro**", que vamos a encontrar tanto en Lasa (capital del Tibet), como en el claustro monástico "**Erdeni Dsu**", el precioso "**dscho**", y en Pekin. Todas ellas, lo que es más importante para nosotros, son talladas en la tan apreciada y por sobre todas las maderas la más olcrosa, el sándalo (*Sirium, myrtifolium*), en sanscrito "**candana**", y por los tibetanos conocido con el nombre de "**tsandan**".

Cuando en la literatura lamaica se alude a estas estatuas, se desprende inmediatamente que son de esa madera. Fuera de eso, en

todas partes, en el Tibet y en Mongolia, se emplea la médula del sándalo oloroso, del que hay gran variedad, para la preparación de perfumes y muchas veces como base medicinal. En cuanto a su empleo en el culto hay un libro que se titula: "La sublime oración del sándalo".

Otro específico aromático es el "akaru" que sirve, entre otras cosas, para la fabricación de las varillas oficiales de los sacerdotes-guias y de los médicos iniciados. A veces los recipientes (tazas) que entre los monjes lamai-cos sustituyen los antiguos platillos para las limosnas búdicas, son hechas de esa clase de madera. Además, del techo de los templos de Lama, penden bolas de paño, por lo general muy grandes, que constan de 11 almohaditas o saquitos cosidos, dentro de las cuales se colocan diversas hierbas fragantes que embalsaman el aire. Según lo dice el profesor Pozdnejev, estas bolas se llaman entre los tibetanos y mongoles "tschima-purma". No es necesario decir que allí comparecen los enfermos que buscan curación mediante la aspiración del perfume. Es preciso anotar que en todos los altares de los lamaistas figuran dos bacinetas para el sacrificio; una con una vela perfumada y la otra llena de agua suturada de esencia.

En muchos conventos de Lama, de las regiones del Buthan o Sikkim, que están en regular comunicación con los anglo-indúes, vemos que se ha sustituido el agua perfumada de los altares por jaboncillos de proveniencia inglesa. Como se ve, con ésto los Lamas llegaron a la conclusión que tal procedimiento disminuye en mucho los gastos que les impone el culto. Es algo casi imposible colegir, de la voluminosa literatura lamaica, todos los pasos que dicen relación con las esencias o que hacen alusiones a ellas. Podemos traducir dos estrofas referentes a ellas, de un devocionario lamaico. Ese texto sólo existe en idioma tibetano y se remonta a un escrito del antiguo y venerable sanscrito, el "Aryabhadra-cur-yapranidhanaraja."

Dice así:

Flores sublimes, recogidos rosarios de flores
[recillas,
Música y ungüentos de deliciosa fragancia,
Luces esplendentes y los mejores perfumes
Traigo a los victoriosos (los budas)
Magníficas lánicas y extrafinos perfumes,
Saquitos llenos de pebetes partidos,
iguales en número a las montañas del Mirú,
Y todas las más lindas creaciones
Traigo yo a los victoriosos.

Completando lo dicho anteriormente, mere muestra de las indicaciones valiosísimas sobre el empleo de esencias en el culto lamai-co, hay que agregar, todavía, que en los atrios de muchos templos se encuentran grandes urnas donde, durante ciertas festividades, se queman sustancias aromáticas. El Dr. Filchner, en la pág. 70 de su citada obra, trae una linda fotografía de dichos incensarios. Otros incensarios más sencillos, hechos de ladrillo o simplemente de barro, se pueden encontrar en los patios o tejados de las casas tibetanas, y en cuyas cercanías se ven diversos emblemas místicos (ver, por ejemplo: "Mi viaje por el Tibet", ed. 1914, v. II, figura 14).

Los vapores de incienso y las esencias desempeñan un papel preponderante en las prácticas adivinatorias del lamaismo, poniéndose en trance el medium por influencia de ellas. Frhr. von Perckhammer, hizo un cuadro que no ha sido expuesto hasta ahora, en el que se figura a un ama, en el patio del Yung-ho-Kung, en el Templo de la Eterna Paz, presagiando junto a un incensario.

Entre los utensilios del templo budista ya sea de la China, Corea o el Japón, encontramos una serie de accesorios destinados a servir de recipientes en la cremación de esencias: cacerolas, bacinetas y urnas, muchas

veces de una semejanza pasmosa con los conocidos "Katzi" de la iglesia ortodoxa. Todavía no encontramos en el culto nipón de Buda, en ninguna parte, el incensario suspendido en cadenitas de correderas, que vimos en el lamaísmo. Merece tal vez mención en lo tocante a las correlaciones entre esencias y religión, el hecho citado por Chandra Das, en su *Tibetan-English Dictionary* (Calcuta, 1902, pág. 653); y es que el lamaísmo originario de las Indias reconoce un grupo de semidioses y genios, llamados en sánscrito "Gandharva" y por los tibetanos "Disa" (escrito "Dri za"). Ambas expresiones, significan literalmente, "consumidores de perfumes" y son tenidos por seres imaginarios, venidos de una zona aromática de profusa vegetación, el "Gadhamadna", en el Himalaya.

Según Jaeschke, célebre misionero, los tibetanos creen que esos "disas" pueden tomar la forma de insectos, y que no solo pueden revolotear por las florecillas y otras plantas olorosas sino también sobre los montones de basuras y cadáveres y alimentarse de sus olores predilectos.

Ciertas escuelas de misterios enseñan que las larvas australes se alimentan de las exhalaciones de los morfinómanos y alcohólicos. Que esos seres, incitan a sus víctimas a absor-

ver continuamente las drogas venenosas y de ahí deducen que tales pacientes sólo se pueden curar cambiando dichas exhalaciones, mediante la aspiración de ciertas esencias. Volveremos sobre esto más adelante.

CAPITULO CUARTO

Substancias odoríferas y otras entre los Mayas, Incas y Aztecas

Investigando bajo las deducciones paleo-epigráficas del profesor Hermann Wirth en las ruinas de la isla de Pascua, en las de Yucatán y en sus exploraciones a la sagrada Eleusis, consagrado a Demeter, en Grecia, llegamos a la convicción de que todos los citados cultos fueron precedidos por los primitivos misterios nórdicos. Ellos dieron los primeros pasos de lo exotérico hacia lo esotérico (de lo público hacia lo oculto). El uso de las plantas sagradas y de los perfumes se originó allí. Lo mismo puede decirse de los sacerdotes mayas e incas o de los adeptos de los templos egipcios, que cautivaban plantas olorosas y usaban pebetes. No solo se les usaba como extractos para embalsamar cadáveres, sino también para preparar cierta atmósfera, por medio del

humo, en sus templos, a fin de influenciar el ánimo de sus prosélitos. Ciertamente es que en Oriente se encontraban las regiones de los perfumes, pero también las civilizaciones americanas conocieron el empleo de las esencias y todavía hoy día se encuentran indios quetchuas y aimarás, que viajan a pié del altiplano de los Incas, por toda la América del Sur, Central y México, ofreciendo sus hierbas sagradas y esencias. Hay curanderos, que mascando hojas de coca recorren en un día 30 millas, sin sentir el menor cansancio ni fatiga, y que recuerdan a los ascetas semi-volantes del Tibet, descritos por la señora Neel en su libro sobre el Tibet.

A este respecto, podemos recordar que cuando Cortés llegó a México y Pizarro al Perú, fueron enviados a saludarlos delegaciones del rey de los Aztecas, Moctezuma, y, respectivamente, del jefe de los Incas. Lo primero que llevaban de regalo eran esencias para preparar el terreno hacia un entendimiento recíproco. Cuando firmaron la paz, las partes siempre estaban fumando, lo que después se conservó bajo la forma de la cachimba de paz. Sería de desear que el usual champagne de hoy en las conferencias (véase Ginebra), fuese substituído por esencias compensadoras.

Pero, volviendo a los Aztecas e Incas, podemos demostrar hoy que las pocas enfermedades y epidemias que entonces habia, se curaban con relativa facilidad, por medio de esencias y baños. Una forma especial de la sífilis que, por lo general desaparece comparativamente con facilidad y que no tiene consecuencias, vino de México y tenía su divinidad particular. Esa divinidad, exactamente murió, según la leyenda, en sacrificio voluntario al sol y le dió a éste la fuerza de curar esa enfermedad por medio de sus rayos. Es conveniente leer cómo juzgaban los sacerdotes médicos las sangrías y otras prácticas de los médicos españoles y cómo las repelían con indignación; pues según ellos, eran más perjudiciales que útiles a la salud.

No es menester, entretanto, ir tan lejos. Podemos apelar al libro mayor de la literatura mundial, la Biblia, y ahí encontraremos que los profetas Ezequiel, Isaias y Moisés, prescribían el uso de las esencias, y el sabio Salomón, dió instrucciones precisas para la fabricación de pebetes con fines médicos y para el culto. También el pueblo de Israel, siempre comercialmente bien dotado, como ya dijimos y hoy todavía se revela entre los judíos, se servía de las esencias para trocarlas por armas.

Como ya lo indicamos anteriormente, los pueblos primitivos se valían de un sueño especial y artificial para el que aplicaban sus medicinas, entre ellas las esencias, para curar enfermos. Los mejicanos tenían, además del "peyotl", otras plantas medicinales, que alcanzaron gran influencia en todos los países del mundo, entre ellas, el tabaco. Apenas llegaron a México los primeros españoles, encontraron fumando a los nativos, y no pensaron que ese hábito iría a influir tanto en la vida cultural y económica de toda la humanidad. Las hojas de tabaco eran apretadas en tubos y puestas a secar; después se tragaba el humo. Fuera de eso, había en los templos grandes recipientes en los que se quemaban hojas secas de tabaco. Lo interesante es que en los escritos con figuras del "Codex Troano", se representaba a los sacerdotes fumando. Por Sahagun sabemos que del tabaco se preparaba una especie de bebida, que provocaba el ya mencionado sueño especial. La receta que todavía conservan los indios, no se la revelan a nadie. En ciertas ceremonias rituales, los sacerdotes deben fumar. Esa misma costumbre la encontramos más tarde entre los indios tupís que ejecutaban sus danzas guerreras fumando. En el Código (farmacéutico) florentino hallamos igualmente un cuadro en el que los sacerdotes

deponen pipas en el altar y, además, un dios representado con los adornos del dios solar Tonhatlu y el dios del viento Quetzalcoatl.

En la fiesta de Quetzalcoatl, los fieles de rodillas, le presentaban cachimbas. Asimismo, en el alto relieve del altar de Palenke, vemos que la divinidad ostenta por supremo emblema una aureola de humo. En las pirámides y templos se quemaba incienso y en la composición del incienso tenía un papel preponderante el tabaco. Este, conocido por flor de Habana, proviene de México. En realidad, el hábito de fumar se esparció del país sagrado de los Mayas, por el mundo entero.

Los etnólogos no ponen en duda el que haya sido México la patria del tabaco y del chocolate. También fueron los Incas del Sur los primeros que plantaron papas. Hoy es muy difícil acentuar la significación de tales productos en todos los países. Es de sentir solamente que la preparación de perfumes de esas plantas haya pasado al olvido y tengamos que recurrir a los papiros en busca de los rituales de los oficios divinos. Las papas, cacao y tabaco eran plantas sagradas, empleadas sólo y para los consagrados del dios. Fue mucho más tarde que los españoles los hicieron accesibles a la gran masa y de ahí al mundo entero, (sa-

crilegamente, según la opinión de los naturales).

Cuando pensamos en la importancia que para todos los pueblos de la tierra tienen esas tres plantas arrancadas del conjunto de un pueblo, nos inclinamos a suponer que existen muchas cosas más en los misterios mexicanos, de no menor importancia.

Durante los primeros años de matrimonio, a las esposas estaba vedado fumar, pues ya conocían su perniciosa influencia en la concepción. Es por eso que ello induce a pensar que la inmensa disminución de la natalidad en el mundo se deba, en gran parte, al hábito de fumar que han adoptado las mujeres.

"Palioquina" se llama en el Golfo de Darien a los curanderos, y en las "Tradiciones y cantares de Panamá" el folklorista Garay nos describe cómo los sacerdotes indígenas aplican las esencias aromáticas al son de cantos mantrámicos, mientras los enfermos son envueltos en una nube de humo y de perfumes.

Lo más admirable es que el curandero, al ver las notas empleadas por nosotros en la escritura de la música, se apresuró a transcribir las suyas, siendo digno de anotar que lo transcrito por él eran las mismas Runas conocidas que encontramos en las tradiciones

nórdicas, es decir, las "Runas", "Hombre", "Dios", "Vida".

Y estos mismos indios aseguran que existe correlación entre tono, color y perfume, asunto a que hemos de volver más tarde.

Siendo el maíz el alimento principal de los antiguos como de los actuales mexicanos, diremos, que de él se preparaban muchas cosas y entre ellas sustancias odoríferas.

En uno de sus libros antiguos, manuscrito, se ve a una mujer cocinando maíz para sahumerios, y el texto dice: "auh in izquitl in quincequia uel inpan onmolonja on motecaica icematonacac auh in iquac qujhnecuja in izquitl in tulteca, quivelicamatia cahuiacama tia quivelmatia" (y el maíz que ella tostaba se esparció por todos los habitantes del mundo y, cuando los toltecas olieron el maíz tostado, les olió muy bien).

La fabricación de perfumes y esencias, hizo que se llegara a la ciencia moderna del asfalto. Sabemos aún, por las narraciones de los conquistadores europeos, que los antiguos mexicanos ya conocían la extracción de esencias del asfalto (alquitrán), otra prueba de la altísima cultura de ese pueblo.

En el calendario mexicano, los festejos de la primavera comienzan con el sacrificio de las criaturas en el altar de los dioses Tepiccto-

ton y otros en el templo de Tlaloc. La población mexicana en los primitivos tiempos de los aztecas y mayas, se calcula en más de 80 millones. La mujer mexicana es sumamente fecunda y aún hoy, no son pocas las familias de 20 y más hijos, de modo que así puede comprenderse este uso religioso empleado para contener el fuerte aumento de población. Esas inmoluciones fueron descritas por los sacerdotes españoles como horribles crueldades, sirviendo ellas de pretexto principal para que los dirigentes españoles acometieran contra la religión, mexicana. Cuando comparamos sinceramente hoy día los crímenes que se cometen en torno al artículo 218, tal vez anotemos un "plus" para la moral de México. Con respecto a las inmoluciones humanas, es preciso decir que los mexicanos creían en una reencarnación; cada una de esas criaturas se volvía una especie de dios que partía para una más alta encarnación. Los sacerdotes de Tlaloc, que practicaban actos, para nosotros tan horribles, ostentaban los colores del culto solar y estaban provistos de un saco de copal. Quemaban el incienso y éste, hecho con resinas de árboles sagrados, se mezclaba a los vapores que se desprendían de los corazones incendiados de las víctimas moribundas y eran ahí aspirados ávidamente por los creyentes, para encarnar

en sí mismos las fuerzas espirituales de las criaturas. Estaban como en la presencia de dioses y dejaban que el vapor actuara en ellos como un misterio.

Si estudiamos las condiciones de las guerras actuales y observamos que los beligerantes apelan al mismo dios implorando victoria para sus ejércitos, nos ha de complacer el relato del cuadro que describimos a continuación y tomado del antiguo país civilizado de los aztecas:

En la vasta planicie mexicana acampaban varias poblaciones. Las más conocidas eran los Mexitis, cuyo nombre fué el que sirvió para designar el país; venían después los totonaques, los otomies y muchos otros, que por lo general peleaban entre ellos. Esas guerras no eran tan brutales como las nuestras ni de exterminio. Hasta cierto punto la guerra figuraba como un acto sagrado. Debemos comprenderla como una lucha de los propios dioses que se debía decidir en la tierra. Los hombres eran los instrumentos y los enviados para ello de los dioses omnipotentes.

En determinadas épocas y por intermedio de delegaciones previamente designadas, aparecían los adversarios, vestidos de guerreros en las arenas del combate. Se utilizaba un gigantesco templo en las dos plazas principales

y delante de ese templo se realizaba una ceremonia sagrada real, del modo más dignamente posible, quemando perfumes y olores exquisitos a su puerta. Mediante los vapores que ascendían imploraban a los dioses para que bendijesen las armas de ambos contendores. Entonces, las sacerdotisas, puestas en trance, indicaban el tiempo y lugar en que debía realizarse el primer encuentro.

Las batallas se trababan en forma caballerosa. Una vez terminada la guerra volvían juntos para la capital del vencido, a fin de firmar satisfactoriamente la paz, que celebraban con grandes ceremonias y perfumaciones de acción de gracias a uno de los dioses.

Entre nosotros, por el contrario, vemos el descortés tratado de Versalles, firmado por los modernos pueblos civilizados que en todo instante discuten las altas conquistas de su cultura.

¿No sería lícito pensar con cierta razón en la conocida frase de Seume: "Mirad, acaso nosotros los salvajes no somos todavía gente mejor?"

CAPITULO QUINTO

Culto y medicina

Tendamos ahora el puente del terreno religioso al de la medicina, aun cuando a veces sea menester tocar nuevamente la religión.

Un tema sobre el cual todavía hoy día y debido al mal trato inflingido por los sabios, bien poco tenemos que decir, es la medicina de los pueblos lamaicos. Sin embargo, hay una cosa cierta: estrecho es el lazo entre la acción religiosa y la médica y en el lamaísmo la actividad del culto y de la medicina se hallan reunidas en la persona del sacerdote. Sucede a tal punto esto que ahí pocas veces el médico es sacerdote, pero al contrario, el sacerdote es siempre médico. La admisión al estudio de la medicina lamaica presume una práctica obligatoria de 18 años, con todos los especialistas budistas, tal cual los enseñan en los claustros. El monje que venciera con éxito esa ardua ta-

rea, debía hacerse la idea de ser discípulo del Esculapio búdico y, después de un año de estudio, recibirse de médico titulado.

Evidentemente que ahí también aparecen "médicos no recibidos y charlatanes", pero es el éxito en los resultados quien define.

Ya dijimos que habíamos de renunciar a examinar más de cerca la medicina lamaica. Hay, sin embargo, una cosa cierta: La medicina lamaica trabaja con un repertorio bien organizado, a su modo de ver; en él desempeñan un papel preponderante las esencias de origen vegetal. Salta, a primera vista, que los lamaístas no conocen las combinaciones químicas. Pero, como hijos de la naturaleza, son sus celosos observadores y tal vez con sus ojos y la prolongada experiencia de siglos, vean más que nuestros penetrantes reactivos y nuestros lentes microscópicos.

La parte predominante del tesoro de la medicina india consiste de esencias aromáticas, siendo las más, oriundas del reino de Flora. Es digno de notar aquí que la farmacología de las materias aromáticas no se restringe a las olorosas, comprende otras que para nuestro gusto, no merecen tal designación. Ellos agrupan estos perfumes en cinco categorías, a saber: repugnante-penetrante, picante, aro-

mática, según el sentido nuestro, rancia y azumagada. La misma división hacen los chinos.

A fin de dar, finalmente, al lector una idea sucinta de cómo sabe acumular la medicina del lamaísmo las esencias de las plantas como factor activo, vamos a traducir aquí algunos datos del primer capítulo de "la Quintaescencia de los remedios", obra cumbre de la medicina lamaica (en tibetano: "bdud rtsi srjing po"; en mongol: "rasian-u jirüken"), que tiene especial relación con todo esto.

Se describe allí una ciudad situada en la India, en cuyas murallas se dan lecciones de ciencias médicas. Está cercada de jardines floridos y fragantes, donde se producen las más excelentes hierbas medicinales. Se enumeran una a una estas plantas. Nosotros, sólo citaremos algunas de ellas, como la granada, la pimienta, el sándalo, el alcanforero, la canela, etc. Cuatro montañas circundan la ciudad, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, de modo que cada una de ellas produce sus plantas características. En esta obra se describen las fuerzas curativas inherentes a cada planta, entre las que se describe particularmente su perfume. "Con el perfume de estos fragantes, espléndidos y agradables remedios, de cuyas propiedades activas están llenas sus raíces, tallos, retoños, hojas, flores, frutos, se

calman todas las dolencias de cualquier persona". Es de mencionar, todavía, que la montaña que está al oeste de la ciudad y en cuyas faldas crece la "arura" (*Terminalia chebula*), la planta panacea de la medicina índico-tibetana, se denomina expresamente "montaña olorosa". En el idioma tibetano se llama "boi (bo) dschi-Ri" (escrito: "apos kyi ri"), en cuya primera sílaba "boi", reconocemos inmediatamente aquella palabra que antes encontramos para significar el incienso. En sántrico, ella corresponde a la expresión "gandhamádna", de la cual, como ya sabemos, provienen los "dissas", aquellos genios que se nutren de emanaciones (1).

(1) Dabo las indicaciones especiales concernientes al lamaísmo, a las esencias y sus aplicaciones en el campo del culto y de la medicina, a un iniciado con quien he ampliado mis estudios en el sacerdocio gnóstico y con quien tuve ocasión, como médico, de anotar un voluminoso recetario de preparaciones de esencias, el que más tarde pude probar. Como siempre, entre tales sabios, su nombre no debe ser revelado. Debo agradecerle de lo más íntimo, haber podido tomar tales apuntes durante mis estudios y habiéndolos probado y completado, confiarlos hoy, en este libro, a la publicidad, para poder tal vez ayudar más tarde, con

De ésta: volveremos a tratar más tarde, pues también los autóctonos mexicanos contaban con ellos. Hablaremos ahora de un caso interesante.

Las cuadrillas de ladrones de la Malasia (también Insulindia) se sirven de un notable veneno vegetal en el ejercicio de su profesión. Una campanulácea de elegante forma e inflorescencia blanca, que tiene un palmo de largo, produce, desperdiciando lo más posible, una gran cantidad de polen. Cuando fresco es propiamente inocuo. Se esparce el polen sacudido de las flores maduras durante algunos días y queda expuesto al sol índico sobre las piedras; este sol abrazador hace que la masa de polen se convierta pronto en un narcótico extramadamente drástico. Los criminales se sirven de ella, poniéndose una gruesa más cara (un paño mojado en la nariz) y echándolo, con un tubito, por la cerradura del cuarto donde pretenden entrar a robar. El narcótico, levemente, alcanza poco a poco hasta los pulmones de las víctimas dormidas y las entorpece. Media

mi práctica a la ciencia médica. Que yo no soy tan conocedor de los designaciones orientales como mi maestro que usa de ellas sin la menor dificultad, debo confesarlo sinceramente aquí, pues no debo adornarme con plumas ajenas.

hora de espera, y obtenido el resultado, penetran los asaltantes en la habitación, sin preocuparse de la bulla, matan a los adormecidos, echándoles en un segundo, por la boca o nariz, grandes dosis del veneno y así pueden dedicarse a su criminal labor sin ser estorbados.

Existe la creencia que las serpientes atraen a los pajaritos con su mirar hipnótico; eso, sin embargo, no es verdad. Existen ciertos investigadores que suponen que todo proviene de cierto olor o especial emanación de la serpiente, capaz de entorpecer o adormecer a los pájaros y forzarlos a inmolarse. Para ilustrar este asunto sirva la siguiente experiencia. Enciérrese una serpiente en una caja de vidrio y háganse pasar por el frente algunos pajaritos; éstos no serán influenciados de ninguna manera por su mirar. Y sin embargo, si se les introduce adentro de la caja se atontan pronto con las emanaciones.

Los antiguos mexicanos no sólo tenían parlamentos constituidos sobre el principio de guía, congresos científicos, a veces astrológicos, sino que también tenían escuelas médicas, de las que salían médicos notables. Esas escuelas médicas estaban ubicadas en conexión con jardines botánicos donde se cultivaban hierbas medicinales. Remito al lector al libro "Huax-

tepec y sus reliquias arqueológicas", así como a la descripción del antiguo templo de Ome Tochtli. Había dos sistemas de curas que se completaban: la hidroterapia y la Osmoterapia. Además de eso había plantas medicinales, fototerapia, que es un tratamiento curativo basado en la influencia de los rayos luminosos, y tratamientos por hechizo o encanto completaban estas curas, que se mantienen desde entonces hasta hoy día.

Cuando tomamos un baño caliente de media hora, eso nos exige un sacrificio de tiempo y paciencia.

En el antiguo México, un baño caliente, saturado de todos los perfumes, duraba un día entero. Yo mismo experimenté ese método y llegué a un resultado sorprendente. Un oficial americano fué desligado de todo ejercicio, por haberlo inutilizado una grave hernia. Años más tarde supo de estos baños mexicanos. Se sometió a tres baños de un día y alcanzó completa mejoría, lo que sólo parecía posible mediante una operación. Podemos suponer, con razón, que tal sistema está llamado a volverse, dentro de poco, nuevamente popular y debemos recordar que de ello debemos agradecer a los antiguos mexicanos.

La región originaria de todos los perfumes, en la más amplia acepción del término,

ha sido hasta hoy el Oriente en la extensión en que se conocía en la antigüedad y edad media hasta el tiempo de los grandes descubrimientos geográficos. No es de admirar, pues, que todos los numerosos cultos oriundos de allí, con la larga evolución que tuvieron y en que viven hoy en parte, hayan usado en abundancia materias aromáticas de toda clase con fines ostensiblemente de culto o allegados a él.

Podríamos dejar de mencionar las ricas aplicaciones de especias en la medicina si no fuera precisamente el fin de este libro el insistir en ellas.

Conviene, pues, no olvidar que su empleo estaba en forma predominante sino exclusiva en manos de los sacerdotes, servidores de la religión.

Recordemos que debían poseer un conocimiento especial de las propiedades activas de estas hierbas, especialmente los miembros de la casta sacerdotal, a quienes en el Egipto se les confiaba el embalsamamiento de los muertos. La opinión de nosotros, los europeos, sobre ese proceso, es que en él se empleaban, sobre todo, sustancias de aroma fuerte, contenidas en el bálsamo, que así era denominado en forma general.

Sería menester escribir un libro entero si quisiéramos seguir de cerca la aplicación de las

esencias y su procedencia en cada religión y método curativo del antiguo Oriente.

Iguales resultados nos daría una investigación, de este asunto, entre los pueblos todavía vivos, sus religiones y prácticas médicas consagradas por la tradición e instituidas por la experiencia primitiva.

Nos limitaremos a ciertas indicaciones que nos proporciona el recuerdo o las más de las veces que hemos visto, lente en mano, de algunos actos del culto de la iglesia ortodoxa, la que con orgullo se denomina greco-oriental. Sus adeptos no se reclutan sólo en Grecia y otros países de Levante; a ella se afilian los búlgaros, serbios, rumanos, rusos, rusos del Cárpato, georgianos, y gran número de árabes. Hasta en Berlín hay una sede de esa confesión en su apacible iglesia, a cuyos servicios divinos he asistido frecuentemente gracias a su coro incomparable. En cuanto a ciertas particularidades dogmáticas, remito al lector a una larga disertación que no hace mucho publiqué en mi revista "Rosa Cruz" en español.

Naturalmente que no existen diferencias dogmáticas entre los adeptos de esa iglesia en las mencionadas naciones, en cuanto a miembros de una iglesia y a las diferencias de culto sólo se limitan al idioma en que se hacen los oficios divinos.

Entre todos esos pueblos, sucede lo mismo en cuanto a los ritos y su contenido. Hemos sabido de esa iglesia costumbres que aquí nos interesan y según las cuales, se emplean esencias aromáticas en el culto; esperamos haber dado también una información sucinta respecto al conocimiento de la vida ritual de esa gran rama de la cristiandad cuya mala suerte ha sido continuar hasta hoy casi desconocido en occidente, y por lo tanto, en el nuevo mundo.

CAPITULO SEXTO

Plantas aromáticas del Oriente

No sólo la iglesia greco-oriental (ortodoxa), tiene de común con la iglesia romana de occidente el uso del incienso, sino también otras iglesias de oriente, como la armenia, la copta, la siria, la abisinia, la india de los llamados cristianos tomistas y hasta los gnósticos, etc..

Para el incienso no sólo emplean el conocido incensario suspendido por cadenas de correa, sino que especialmente en los pueblos balcánicos y en las sectas de rito antiguo de la iglesia rusa, se le echa en un vaso metálico más liviano, que consiste de una concha de superficies adyacentes unas a otras, la que se fija en un mango de tamaño determinado. En los Balkanes, ese utensilio se llama "katzi". Podemos ahorrarnos de dar la etimología de la palabra que se emplea tanto en el lenguaje

eclesiástico de los griegos como de los rumanos y rusos. Probablemente proviene de la expresión turca "katzani", que quiere decir caldera, aun cuando por otro lado parece emparentada con la raíz eslava "kad", que significa, como lo explicamos, sahumar. Hay que advertir como muy explicable y comprensible, que tanto en griego como en los idiomas eslavos, las expresiones de incienso, de sahumar, de cazolita, se asocia al significado de una planta fuertemente aromática. Para el griego, el "thymian" (*Thymus serpyllum*) no solamente como entre nosotros conocido como hierba comestible, sino también curativa, llamada en alemán aquí y allí "Feldquendel o Feldkümmel" (1).

Nuestro tan común "thymian" (en español, tomillo), no es sino un derivado de "thymos", expresión que todavía se usa en el griego moderno como una expresión botánica, escrita y hablada, para determinar las plantas en cuestión. El pueblo dice "thymari" y de esa raíz salieron "thymiazein" (fumigar), "thymiatama" (fumigación, sahumario), y "thymiatérion" (cazolita).

(1) En español: aicaravea, comino del prado y una de las variedades del tomillo.

En vista de la acción estimulante que produce el "thymian" o tomillo, cuando se le resrega entre los dedos, especialmente en las constituciones débiles, (las flores de las plantas sirven también para llenar las llamadas almohadillas de hierbas), no podemos rechazar la suposición de que exista, con toda probabilidad, una relación entre dicho "thymos", acentuado en la primera sílaba y "thymós", acentuado en la última, con el que originariamente se designó el principio vital o la vitalidad de las personas. Esa palabra se usa mucho, por ejemplo, en el idioma de Homero para designar el corazón y el alma como sede del sentimiento y la voluntad, la pasión, el deseo, especialmente de comer o beber y finalmente del carácter. Luego se advierte cómo la forma de la palabra tiende un leve hilo de unión activa del aroma "thymian", para el objeto de tal acción sobre el hombre, como portador de las manifestaciones vitales de las llamadas funciones. No puedo dejar de mencionar que el Montserrat, la montaña sagrada del Graal, cerca de Barcelona, está llena de tomillos de maravillosa acción curativa. Después de cuatro años de permanencia allí, llegué a la suposición que una buena parte de las curas maravillosas que se consiguen positivamente en Montserrat y que se atribuyen a la

imagen de María, sean más bien efecto de las emanaciones del tomillo. Hice durante años algunos experimentos con esa esencia y obtuve resultados asombrosos.

Pasemos, todavía, a otra planta de olor acre, muy apreciada por los eslavos confinados en la más áspera región septentrional. Es el enebro (*Juniperus communis* y otras especies). Los polacos eslavos lo llaman "kadik".

También la población de la Prusia Oriental y Occidental y de la antigua provincia de Posen, conocen por ese nombre al aromático arbusto. La raíz de la palabra eslava "kadik" la encontramos nuevamente en las expresiones que aquí nos interesan en todo el vasto campo de la lengua de la iglesia eslava o, según los lingüistas, paleobúlgara. Allá se dice por incensario y sahumerio, "kadilo"; por sahumar, "kaditj", y por perfumación, "kaschdenije".

Como materias aromáticas para quemar en defumaciones en los incensarios o braseros sobre carbón de madera, como se hacía antiguamente en Alemania para planchar ropa, notaremos resinas de diversas procedencias, las más con otros agregados vegetales, cuyo valor es a veces grande. La palabra griega "ladanon", de la que también se sirven los esla-

vos como "ladan", sirve de término general para designar cualquier incienso.

En las iglesias más pobres de las poblaciones esclavas se quema enebro, a falta de algo mejor.

El incienso resinoso llega en fragmentos amorfos con aspecto más de goma arábiga o, en las mejores y más perfumadas cualidades, aparece en el mercado como preparado duro, y es pulverizado antes de usarlo. Las especies más finas que, dicho sea de paso, la iglesia católica quema en sus festividades, consta de muy variadas plantas y sustancias minerales, cuyo examen microscópico ofrece un cuadro multicolor. Según nuestra opinión, la iglesia católica tomó ese uso de los gnósticos y su caída al materialismo debe atribuirse a haber empleado sustancias minerales que la doctrina **Gnosa** no admitió. El uso del incienso es más frecuente en la iglesia ortodoxa que en la católica romana y, en la iglesia armenia, donde el incienso es llamado "gntroug", el oficio divino permanece completamente envuelto en nubes perfumadas.

En la ya citada consagración de personas, en la comunidad cristiana, el Dr. Rittelmeyer, ateniéndose al uso de los antiguos misterios, es sahumado con un incienso muy especial. Eso apenas de paso, pues tenemos por

esa iglesia la mayor simpatía y, para bien de la humanidad, deseo que ella y la santa iglesia gnóstica puedan ser en breve accesibles a todo el mundo.

La vispera de los domingos y días festivos, o al menos la vispera de estos últimos, el sacerdote ortodoxo bendice, en medio de la iglesia, cerca de cinco (panes), hostias, viáticos y, por cada taza de harina y vino, un vasito de aceite. Con el aceite, el sacerdote, una vez terminado el oficio de la mañana, unge a los fieles haciéndoles una cruz en la cabeza con un pincelito. La vispera de las festividades, se agrega al aceite, exclusivamente para tal ocasión, una cierta porción de un óleo perfumadísimo de rosas, cuyo aroma difundido intensamente por todos los ámbitos de la iglesia acompaña a los fieles hasta su casa. Los enfermos se ponen ropa limpia y aun cuando sea mera sugestión, son innumerables los que aspirando ese perfume se curan de sus dolencias. El óleo más caro y mejor se compra en Bulgaria, donde se cultivan grandes campos de rosas fragantísimas, con este fin especial. También en México, en Venecia, Kochilmilco, cerca de la capital, hay islas enteras plantadas de rosas y los indios, según antiguas costumbres, exprimen las hojas para sacar de

ellas un extracto que aprovechan para curaciones.

Para la fabricación de otra especie que también se usa en el culto de la iglesia griega ortodoxa, la reina de las flores proporciona su incomparable esencia, especialmente para la destilación del agua de rosas, que además de ser muy limitado, tiene comparativamente raro empleo.

Los antiguos usos en los misterios de los Mayas prescriben como oblaiones no solamente mariposas sino especialmente rosas. Idénticos usos encontramos en la iglesia gnóstica, donde se queman rosas en el altar y hasta allí se llevan enfermos para que se curen con su perfume.



CAPITULO SEPTIMO

Enfermedades y esencias

En la filosofía india se habla de "tatwas". Esos "tatwas" que Rama Prasad describe magistralmente como fuerzas naturales sutiles, podemos suponerlas como una especie de vibración etérea. Además, los indúes distinguen en las vibraciones del éter, unas que actúan en nuestros sentidos y otras que son los sentidos mismos. Así, el sol corresponde al "tatwa Tejas", a los ojos, a la visión, y también a los colores del elemento fuego, es decir, que se hallan en el color rojo. La luna, "Apas", se aplica al gusto; Mercurio al sentido de la respiración; Saturno, "Akash", al oído, y Júpiter al olfato. Les sigue "Prithvi", el elemento de vida y del éxito. Dice el hindú que una enfermedad que comienza en "Prithvi" curará siempre. "Prithvi" es el elemento de vida universal. Tratando del estudio de los tatwas, los hindúes llaman la atención hacia una propiedad

admirable de nuestra nariz en relación con el Cosmos. Prueban que nosotros somos bipolares, positivos a la derecha y negativos a la izquierda y que esa polaridad, al variar, acciona todo el día, es decir, que de dos en dos horas los mismos tatwas vuelven a vibrar, por 22 minutos cada uno. Cerrando el lado derecho o izquierdo de la nariz se puede verificar qué polaridad se halla en acción. Eso se observa en la aspiración de perfumes en ciertas molestias, las que, por su lado, son polarizadas negativa o positivamente. Así, las enfermedades agudas, con fiebre, se polarizan positivamente, en tanto que las enfermedades crónicas, de subtemperatura, anemia, etc., como negativas. De ahí que la fiebre se reconozca como proceso curativo y pueda ser artificialmente producida por la ciencia médica. Igualmente, nosotros podemos obtener fácilmente un alza de temperatura empleando esencias y sacar de ahí una prueba de que las esencias son un medio de curación.

La sensibilidad íntima depende de la disposición. En la vida política, en los debates judiciales, háblase de preparar el ambiente, por ser sabido que la vida íntima sólo depende de la disposición. En todas las confesiones o antiguas formas religiosas de los misterios mexicanos o egipcios y hasta en la misa católica

moderna se usan esencias bajo la forma de incienso. Según creencia religiosa, ese incienso debe ser apropiado para evocar seres del mundo invisible, los que, por su virtud, deberán influir favorablemente en nosotros. El célebre francés Rochas, en varias de sus obras explica el desdoblamiento de la personalidad psíquica en la proyección a distancia de nuestras formas de pensamiento y llega a esta conclusión: "la acción de los pensamientos a distancia sólo se ejerce dado cierta disposición y ésta sólo se puede obtener por medio de ciertas esencias". Aquí estamos ante el terreno embrollado de las maravillas y nuevas investigaciones verifican, por ejemplo, que en torno a imágenes de la Virgen, se forman ondas mentales que brotan de los enfermos al rezar. Acordándonos de Lourdes, María Einsiedeln y cien otros centros de romerías, nos será lícito recalcar que padres y monjes recubren de incienso a los enfermos para hacerles accesible la curación. Ese incienso debe provenir de ciertas resinas; sin embargo, algunas sectas sólo lo fabrican de carbón vegetal perfumado, ombebido en salitre. El incienso ha sido siempre el símbolo de la oración, saliendo de abajo aspira a lo alto y nos lleve de la enfermedad a la salud. Por el ya descrito sistema religioso de Oriente, vemos cómo con este esta-

dio podemos tender principalmente un puente entre la ciencia y la religión. Todo proviene de nuestra idea sobre la exacta combinación y del impulso curativo inherente a cada perfume. Toda iglesia, de cualquier secta o religión, podría convertirse en un puesto curativo de innumerables enfermos, especialmente de enfermedades psíquicas, que desgraciadamente son las más numerosas.

Moisés, guía también del pueblo egipcio, iniciado en los misterios egipcios y, en todo caso, uno de los más profundos conocedores de las relaciones entre la naturaleza y el hombre, exigía que su pueblo practicase la unción y dió recetas para preparar ciertas sustancias de esencias aromáticas.

En los jeroglíficos egipcios se puede descifrar que Ramsés ofrecía a los dioses incienso de bálsamo encarnado.

A orillas del río en que Juan el Bautista bautizó a Jesús, perpetuando en la humanidad ese misterio en que la substancia crística se transfundió en la persona del Nazareno, existe aún hoy en día un arbusto, la planta "amna", que ya antes de la era cristiana era recogida por el pueblo. Excepcionalmente en los misterios centroamericanos, indios y egipcios, había la convicción de que los ángeles asistían siempre a los actos litúrgicos y que ellos só-

lo podían estar donde el aire estuviese impregnado de olores agradables y predispuesto a su influencia bienhechora.